
I

El frío llegó tarde aquel otoño y a los pájaros cantores los cogió desprevenidos. Cuando la nieve y el viento empezaron a ser intensos, demasiados habían sido engañados para quedarse, y en vez de partir hacia el sur, en vez de haber volado ya hacia el sur, estaban acurrucados en los jardines de las casas, con las alas ahuecadas para conseguir un poco de calor. Yo estaba buscando trabajo. Era estudiante y necesitaba trabajo de canguro, de modo que pasé algún tiempo caminando por esos atractivos pero invernales vecindarios, de entrevista en entrevista, al tiempo que inquietantes multitudes de petirrojos picoteaban la tierra congelada, pardogrisáceos y desvalidos —aunque qué pájaro no parece, incluso en las mejores de las circunstancias, algo desvalido. Hasta que un día, hacia el final de mi búsqueda, después de una semana, los pájaros habían desaparecido de forma alarmante. No quise pensar en lo que les había pasado. En realidad, esto no es más que una forma de hablar —una cortesía, una expresión de falsa delicadeza—, pues de hecho no dejé de pensar en ellos, imaginándomelos muertos, en grandes montones, en alguna especie de maizal de la

muerte a las afueras de la ciudad, o caídos del cielo en grupos de dos y de tres, a lo largo de muchos kilómetros de la frontera de Illinois.

Buscaba trabajo en diciembre para empezar en enero, coincidiendo con el arranque del segundo trimestre. Había acabado los exámenes y estaba respondiendo a varias ofertas del tablón donde se anunciaban los trabajos para estudiantes, en concreto a los de cuidar niños. Me gustaban los niños —¡es cierto!—, o más bien, me gustaban lo suficiente. A veces eran interesantes. Admiraba su energía y su candor. Se me daban bien porque sabía hacerles muecas graciosas a los más pequeños, y a los mayores les podía enseñar trucos de cartas y hablarles en ese tono exageradamente sarcástico que los desarma y capta su atención. Sin embargo, no tenía especial habilidad para cuidar de ellos durante períodos largos; me aburría, quizás como mi propia madre. Cuando pasaba demasiado tiempo jugando con ellos mi cabeza empezaba a pedirme algo más, anhelaba enfrascarse en el libro que tuviese en la mochila. Mis esperanzas se depositaban entonces en las noches tranquilas y las siestas largas.

Yo había salido de Dellacrosse Central, de una pequeña granja junto a la vieja carretera de Perryville, para llegar a esta ciudad universitaria, Troy, «la Atenas del Medio Oeste». Era como si hubiera salido de una cueva, igual que el niño-sacerdote de una tribu colombiana sobre el que había leído en Antropología, un niño convertido en místico manteniéndolo a oscuras durante casi toda su infancia, permitiéndole el acceso al mundo exterior sólo mediante historias, nunca por su propia experiencia. Ya fuera de la cueva, el niño quedó sumido en un perpetuo y beatífico estado de deslumbramiento.

Ninguna de las historias que le contaron fue jamás equiparable a la realidad. Y así ocurrió en mi caso. Nada me había preparado para esto. Ni la hucha para la universidad en el comedor de mis padres, ni los bonos de ahorro de mis abuelos, ni la *Enciclopedia World Book*, de segunda mano, con sus preciosos gráficos sobre la producción internacional de trigo y sus fotografías de los lugares donde habían nacido los presidentes. El mundo verde, llano, de la granja de mis padres, una granja sin cerdos ni caballos —su monotonía, sus moscas, su calma desgarrada a diario por los humos y chirridos de la maquinaria—, se difuminó en la distancia y dio paso a una brillante vida urbana de libros, películas y amigos ingeniosos. Alguien había encendido la luz. Alguien me había dejado salir de la cueva —de la carretera de Perryville—. Mi cabeza volaba con Chaucer, Sylvia Plath, Simone de Beauvoir. Dos veces por semana un joven profesor llamado Thad, con vaqueros y corbata, se plantaba delante de una clase de chicos y chicas tan de campo y aturridos como yo, y nos hablaba emocionado de Henry James y sus comas masturbatorios. No salía de mi asombro. Nunca antes había visto a un hombre que llevara vaqueros y corbata.

Aquella cueva ancestral había engendrado a un místico; mi infancia, sin embargo, sólo me había engendrado a mí.

En los pasillos los estudiantes discutían sobre Bach, Beck, los Balcanes y la guerra bacteriológica. Los chavales me decían cosas como: «Tú que eres de campo... ¿Es verdad que si te comes el hígado de un oso te mueres?» Me preguntaban: «¿Sabes de alguien que haya hecho ya-sabes-qué con una vaca?» O: «¿Es cierto eso que dicen de que los cerdos no comen plátanos?» Lo que sí sabía es

que las cabras no se comen las latas: les gusta lamer el pegamento de la etiqueta, nada más. Pero eso nunca me lo preguntó nadie.

Desde nuestra perspectiva de aquel trimestre, los acontecimientos de septiembre —todavía no hablábamos del 11-S— parecían cercanos y lejanos a la vez. Los estudiantes de Ciencias Políticas se manifestaban en los patios y vías peatonales, coreando: «¡Quien siembra vientos recoge tempestades!» Cuando conseguía imaginármelos —los vientos, las tempestades—, los veía como si estuviera entre una muchedumbre de personas que estiran el cuello, como a través de un cristal, de esa manera en que sabía (gracias a Historia del Arte) que la gente se queda mirando la Mona Lisa en el Louvre: ¡*La Gioconda!* Su mismo nombre recuerda una serpiente; su sonrisa astuta, tensa, enclaustrada en la distancia pero estudiada en busca de algún destello portentoso. La suya era, como aquel mismo septiembre, una boca de gato llena de canarios. Mi compañera de piso, Murph —una rubia de Dubuque, con un *piercing* en la nariz y dientes torcidos, que usaba jabón negro e hilo dental negro, y que hacía comentarios bastante duros con suma facilidad (pronunciaba Dubuque como «Du-bei-quiú») y que en una ocasión aterrorizó a sus profesores de Inglés al decir que el personaje literario que más admiraba era Dick Hickock, de *A sangre fría*—, había conocido a su novio el diez de septiembre, y tras despertarse en su casa, me llamó, con la televisión de fondo a todo volumen, llena de horror y felicidad.

—Ya, ya... No hace falta que me lo digas —dijo; su voz daba a entender que se estaba encogiendo de hombros—. Es un precio terrible a cambio del amor, pero no ha habido más remedio.

Levanté la voz como para hacerme la escandalizada: —¡Eres una zorra! Hay gente muerta y tú pensando en el placer —le dije, y a continuación caímos en una especie de ataque de histeria: un torrente de risas asustadas, culpables, desesperadas, que jamás he visto en mujeres mayores de treinta años.

—En fin —suspiré, dándome cuenta de que quizás ya no la vería tanto—, espero que todo sea placer, nada de lágrimas.

—Bueno... —dijo—, donde hay placer al final siempre hay lágrimas, y éstas acaban arruinando el placer. —La echaría de menos.

A pesar de que los cines cerraron dos noches, y de que hasta nuestro profesor de yoga izó una bandera norteamericana y estuvo sentado frente a ella toda una semana, en la postura del loto, con los ojos cerrados y repitiendo: «Y ahora inspiremos, profundamente, en honor de nuestra gran nación... y espiremos...» (yo miraba a mi alrededor frenéticamente, sin conseguir respirar correctamente), en general nuestras conversaciones fueron volviendo, escandalosa y tozudamente, a otros temas: las coristas de Aretha Franklin, o qué restaurante coreano servía la mejor comida china. Yo no había probado la comida china hasta que llegué a Troy, pero ahora, a dos manzanas de mi piso, junto al taller de un zapatero, tenía el Pekín Café, al que acudía tantas veces como podía a por una Delicia de Buda. Junto a la caja registradora había pequeñas cajas con galletas de la suerte rotas, que vendían rebajadas. «Sólo rotas galletas», prometía el cartel, «no fortuna». Algún día, pensaba, iba a comprar una caja para ver qué tipo de consejos —crípticos, o místicos, ¡o mundanos pero confucionistas!— se podían adquirir en lote. Hasta que ese día llegase, me conformaba

con recibir los consejos de forma individual, uno por cada una de las galletas que venían con la cuenta, siempre con rapidez y eficiencia, antes incluso de que hubiera terminado de comer. Quizás comía demasiado despacio. Había crecido a base de pescado rebozado y judías verdes con mantequilla (durante muchos años, me contó mi madre, la margarina se consideró un alimento de fuera, y sólo se podía comprar si cruzabas la frontera, en unos puestos levantados a toda prisa junto a la carretera —APARQUE AQUÍ Y ADQUIERA SU «PARKAY», decían los letreros—, justo después del cartel de bienvenida del gobernador de Illinois. Los granjeros solían murmurar que sólo los judíos compraban en esos puestos). Y por eso aquellas extrañas verduras chinas —que tenían algo de hongos y algo de gnómicas— eran para mí como un rito, como una aventura, una declaración que había que saborear. En Dellacrosse los restaurantes se dividían entre «informales», lo que significaba que comías allí pero de pie o bien te llevabas lo que habías pedido, y los más lujosos, los «de mesa». En el restaurante familiar Wie Haus, donde a veces nos sentábamos a comer, los asientos eran de escay rojo y las paredes estaban revestidas en madera, decoradas con objetos kitsch enmarcados, imágenes de pastoras de ojos grandes y de bufones. Los menús del desayuno rezaban «Guten Morgen». A las salsas las llamaban «aderezos». Y el menú de cenar incluía entre sus platos un pastel de carne con requesón, y el filete de vaca «hecho al gusto del cliente». Los viernes servían fuentes de pescado frito o hervido, acompañados de «abogados» (lotas o anguilas), llamados así porque tenían «el corazón en el culo». (Los pescaban en el lago cerca de Dellacrosse, alrededor del cual, en las distintas zonas para picnics, había papeleras con el letrero NO TI-

RAR TRIPAS DE PESCADO.) Los domingos no sólo servían ensalada de malvaviscos y cerezas confitadas, y algo a lo que llamaban «gelatina de la abuela», sino también «costillas de primera *au jus*», sin que los conocimientos de francés —ni de inglés, ni siquiera de colorantes alimentarios— fuera uno de los puntos fuertes del restaurante. *À la carte* significaba sopa o ensalada. *Menú* significaba sopa y ensalada. Al roquefort de la ensalada los camareros lo llamaban «aliño Rockford». Los vinos de la casa —tinto, blanco o rosado— exhibían todos el mismo inevitable buqué: rosa, jabón y grafito, un olorcillo a heno, un toque a campestre, pero el menú guardaba silencio respecto a todos estos atributos, haciendo mención en su lugar a cuestiones más convencionales. Servían cerveza rubia y también cerveza *dunkel*. De postre solía haber tarta *gluckschmerz*, cuya esponjosidad y volumen eran similares a las de un pequeño banco de nieve. Comieras lo que comieses, la somnolencia estaba asegurada.

En Troy, sin embargo, lejos de aquello, y sola, seducida y excitada por la salsa agridulce, me sentía más ligera y viva por momentos. Los dueños asiáticos del local veían con buenos ojos que sacara los libros y me demorara tanto como quisiera: «¡No te pleocupes! ¡No hay plisa!», decían amablemente mientras rociaban las mesas contiguas con desinfectante. Comía mango y papaya, y extraía los pequeños hilos atrapados entre los dientes con un palillo de canela. Me comía una galleta elegantemente plegada —un pequeño nervio de papel horneado dentro de una oreja—. Tomaba de una taza sin asa té rancio, recalentado y que sacaban de un cubo que guardaban en la cámara frigorífica.

Solía tirar del papelito hasta que conseguía liberarlo de las fauces de la galleta, y me lo guardaba como

punto de lectura. De entre las páginas de todos mis libros sobresalían mensajes de buenaventura, como minúsculas colas. «Eres el tallarín frito de la ensalada de la vida.» «Eres dueño de tu destino.» Murph tenía por costumbre añadir «en la cama» a cualquier máxima que se encontrara en una galleta de la suerte, y mentalmente yo también lo hacía: «Eres dueño de tu destino. En la cama.» Bueno, ahí tenían razón. «La deuda es un seductor mentiroso. En la cama.» Abundaban las profecías traducidas con poco esmero: «Tu destino florecerá como una flor.»

Y las había más modernas, tipo listillo: «Un cambio refrescante te aguarda en el futuro.»

A veces, para mejorar el chiste, añadía «pero NO en la cama».

«Pronto ganarás dinero.» O: «La riqueza es el compañero de la mujer sabia. Pero NO en la cama.»

La cuestión es que necesitaba un trabajo. Había donado plasma a cambio de dinero en varias ocasiones, pero la última vez que lo había intentado la clínica me rechazó; me dijeron que tenía el plasma turbio por haber comido queso la noche anterior. ¡Plasma Turbio! ¡Yo sería la bajista! Era tan difícil no comer queso. Incluso los quesos frescos y los de untar, que podían usarse hasta para enmasillar los cristales de las ventanas y las baldosas, tenían algo de reconfortante. Todos los días miraba las ofertas de trabajo. Había muchas para cuidar niños: entregué mis trabajos de fin de trimestre y me dediqué a responder anuncios.

Una embarazada de cuarenta y tantos tras otra me cogió la chaqueta, me ofreció asiento en el salón de su casa, partió pesadamente en dirección a la cocina para hacerme un té y volvió al salón balanceándose con la misma pesadez, sujetándose los riñones, derramando té

sobre el platito y haciéndome preguntas. «¿Qué harías si nuestro pequeño se pusiera a llorar sin parar?» «¿Estás disponible por las tardes?» «¿Qué consideras una actividad educativa útil para un niño pequeño?» No tenía ni idea. Nunca antes había visto a tantas embarazadas en tan poco tiempo —cinco en total. Me resultó alarmante. No estaban radiantes. Tenían el rostro enrojecido por la tensión alta y parecían asustadas. «Lo pondría en el carrito y me lo llevaría de paseo», contesté yo. Sabía con certeza que mi madre nunca le había hecho este tipo de preguntas a nadie.

—Dolly —me dijo mi madre en una ocasión—, mientras el sitio donde estuviéramos fuera medianamente resistente a los incendios, allí te dejaba un rato.

—¿Medianamente? —le pregunté yo. Casi nunca me llamaba por mi nombre, Tassie. Me llamaba Doll, Dolly, Dolly-lah o Tassalah.

—No quería preocuparme ni meterme en tu vida.

Era la única judía que conocía que albergaba estos sentimientos. Pero es que era una judía casada con un granjero luterano llamado Bo, y quizás por eso exhibía el mismo carácter reservado e indiferente que las madres de mis amigos. Todavía era una niña cuando me di cuenta de que mi madre, aparte de ser reservada, estaba prácticamente ciega. Era la única explicación a las gafas de cristal grueso que a menudo ni siquiera lograba encontrar. O al caleidoscopio de capilares rotos que, como en una petunia, crecía en sus ojos, el blanco inyectado de escarlata por el simple hecho de forzar la vista, o por haberse frotado los ojos descuidadamente. Esto justificaba el extraño hecho de que nunca parecía mirarme cuando hablábamos; miraba hacia la mesa o hacia alguna baldosa, como si al tiempo que conversaba estuviera

pensando en limpiar el suelo, y mientras mi ira apenas disimulada se convertía en frases que esperaba fuesen, quizás no en ese momento pero sí más tarde, hirientes como cuchillos.

—¿Estarás por aquí durante las vacaciones de Navidad? —me preguntaron las madres.

Yo tomaba sorbos de té.

—No, me voy a casa. Pero estaré de vuelta en enero.

—¿Cuándo en enero?

Les entregué mis referencias y un resumen escrito de mi experiencia. Ésta era más bien poca: se ceñía a los Pitsky y los Schultz de mi pueblo. Aunque también una vez, como parte de un trabajo escolar sobre la reproducción humana, llevé de un lado para otro, durante toda una semana, un saco de harina de peso y aspecto similares a los de un bebé. Lo arropé y abracé, y acosté en lugares mullidos y seguros para que durmiera sus siestas, pero en una ocasión en que nadie me miraba, lo metí a toda prisa en mi mochila junto con un montón de lápices afilados, que agujerearon el saco. Mis libros, polvorientos durante el resto del trimestre, se convirtieron en una fuente de diversión para la clase. Opté por no incluir esta experiencia en mi currículum.

Todo lo demás lo había tecleado en el ordenador. Para ir de punta en blanco, como mi padre a menudo decía, me puse eso que en los centros comerciales llaman «chaqueta ejecutiva», y quizás a las mujeres les gustó ese toque profesional. Ellas mismas eran mujeres profesionales. Dos eran abogadas, una era periodista, otra médico y la otra profesora de instituto. ¿Dónde estaban sus maridos? «Ah, en el trabajo», dijeron todas distraídamente. Todas excepto la periodista, que dijo: «¡Buena pregunta!»

La última casa que visité era una típica casa rural, de

estuco gris y con la chimenea envuelta en hiedra muerta. Había pasado junto a ella a principios de la semana; estaba en una parcela que hacía esquina, donde había visto muchos pájaros. Ahora lo único que había frente a la puerta era un terreno blanco, circundado por una valla baja de listones de madera. Al empujarla, la puerta de la valla se descolgó un poco; a una de las bisagras le faltaba un tornillo y estaba suelta, y tuve que elevarla un poco para que se cerrara bien. Esta maniobra, que había llevado a cabo tantas veces en mi vida, me dio cierta satisfacción —una sensación de orden, de restauración, de ¡tengo poderes!—, cuando en realidad debería haberme comunicado algo bien distinto: la mal disimulada decrepitud de alguien, objetos descuidados siguiendo la moda de la conformidad, cosas necesarias fugitivas de su cuidador. Pronto tendrían que fijar la puerta con una cuerda elástica, de la misma forma que mi padre reparó en una ocasión la puerta del granero.

Dos escalones de pizarra conducían, en una extraña conjunción de piedras, a un camino de losa, en un nivel inferior. Sobre casi todo esto, al igual que sobre la hierba, lucía una fina capa de nieve. Yo estaba dejando las primeras huellas del día; quizás en esta casa usaban más la puerta de atrás. Algunas macetas del porche todavía tenían brotes secos. Una película de hielo cubría la parte alta, brillante, de las flores. Apoyados contra la casa había una pala y un rastrillo; y tirados en una esquina, dos listines telefónicos, aún retractilados en plástico.

La mujer de la casa abrió la puerta. Era pálida y compacta, sin bolsas ni flacideces, de piel limpia. Se había maquillado la zona bajo los pómulos en un tono oscuro,

como si hubiera utilizado el polen de una azucena atigrada. Llevaba el pelo corto y tintado de ese color castaño rojizo tan de moda, intenso, como el de las mariquitas. Los pendientes eran unos botones de color naranja brillante, las mallas de color caoba, el suéter color teja, los labios entre marrón y granate. Parecía un experimento controlado sobre la oxidación.

—Pasa —dijo, y pasé, al principio en total silencio, y después, como siempre, en actitud de disculpa, como si llegara tarde, pese a que no era el caso.

En aquella época de mi vida nunca llegaba tarde. Al cabo de tan sólo un año, de repente, empezaría a tener dificultades para aferrarme a toda noción del tiempo, dejando a mis amigos esperándome sentados una media hora aquí y otra allá. El tiempo se me escaparía entonces de forma absurda, indetectable —cómica, cuando le veía la gracia—, en cantidades que era incapaz de medir o controlar.

Pero aquel curso yo tenía veinte años, y era tan puntual como un cura. ¿Son puntuales los curas? Tanto los que habían crecido en cuevas, como los que estaban divinamente aturcidos, yo creía que lo eran.

La mujer cerró la pesada puerta de roble, y yo froté los pies contra la alfombrilla trenzada para quitarme la nieve de los zapatos. A continuación empecé a descalzarme.

—No, no te tienes que quitar los zapatos —dijo—. En esta ciudad se llevan demasiado todas esas tonterías japonesas. Dejemos que entre el barro contigo. —Me dedicó una sonrisa, grande, histriónica, algo ida. Había olvidado su nombre y tenía la esperanza de que ella misma lo mencionara al principio; de no ser así, quizás ya no lo haría.